

Edita S. U. T.

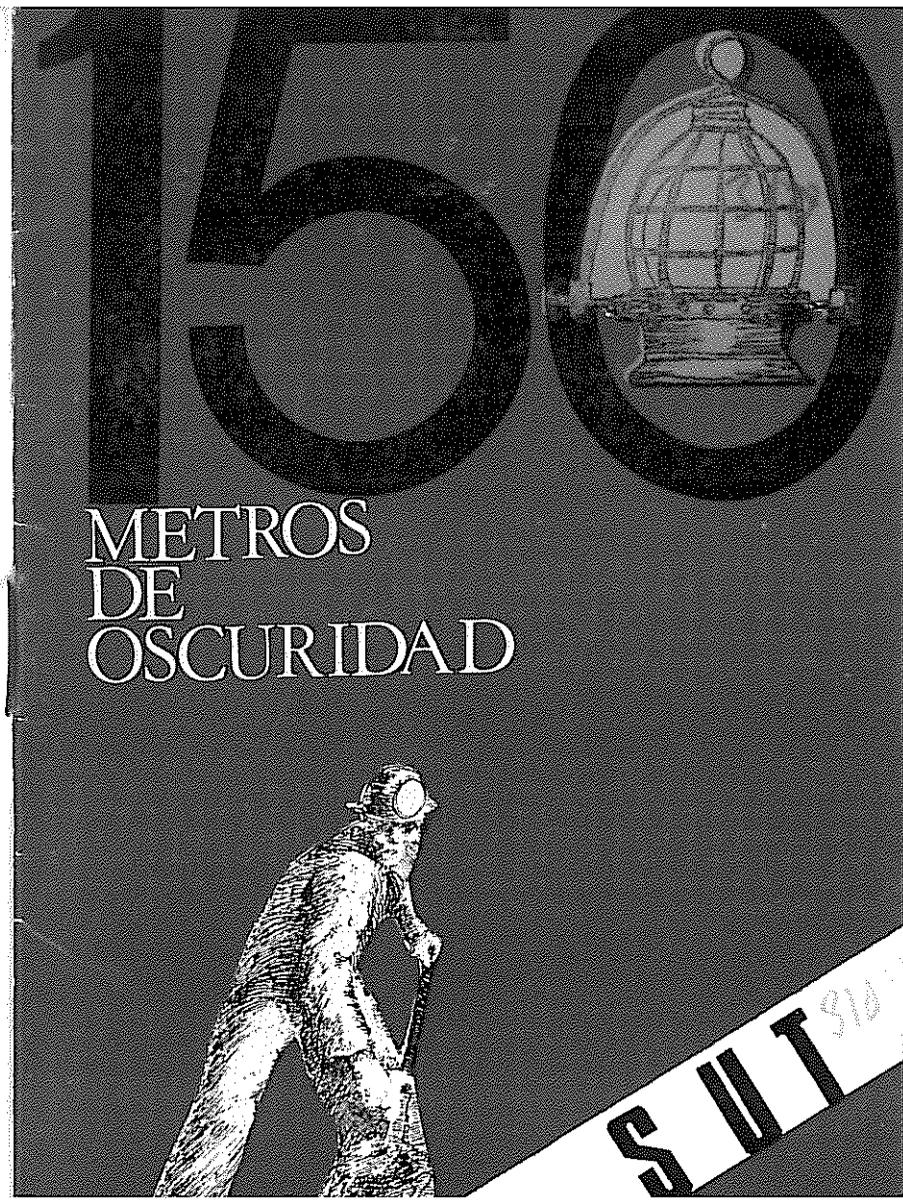
Valencia

1968

Depósito legal: V. 1257-1968

R. 288-68

Imp. Carlos Nacher - Milagro, 7 - Valencia-3



Alvaro J. de Azula

150

**METROS
DE
OSCURIDAD**

ANTONIO MARTINEZ PELLUS

**DEL
SERVICIO
UNIVERSITARIO
DEL
TRABAJO**

Cuando el cielo era gris, como una lámina de acuarela sin vida, y la niebla era espesa, muy espesa, y muy sucia como de polvo. Cuando la gente era sobria y dura, y se pegaba al paisaje, como algo natural de lo que no se podía prescindir. Cuando veía todo esto, yo estaba en Asturias.

Y Asturias era esto, cielo, paisaje, niebla, dureza. Y su gente era así, natural, brotada de sus montes y parida por las entrañas de su tierra, porque sus gentes eran mineros, y yo los veía así.

Cuando yo llegué a este paisaje, y me convertí en parte de él, junto con otros nueve compañeros del S. U. T., corrían los primeros días de cualquier mes de julio, y nosotros diez, teníamos en nuestro interior la preocupación de los 30 siguientes días, en los que trataríamos de no ser nosotros mismos, para abarcar mejor cuanto a nosotros teníamos, y comprobar si en realidad, España, nuestra auténtica España, era diferente. Y en efecto resultó distinta..., pero, ¿distinta a qué?

Veamos, retrocedamos un par de meses, y coloquémonos en un ambiente tan conocido por nosotros, como una facultad en cualquiera de nuestra Universidad. ¿Estamos? Bien, pues veamos nuestros problemas, nuestras murallas macizas e insalvables, de las que parten cadenas con argollas a la medida de todos los cuellos. Hablemos de nuestros catedráticos, de sus arbitrariedades.

des, del "feudo" de D. Fulano de Tal, catedrático de tal cosa, y del de D. Mengano, catedrático de tal otra. Desesperémonos otra vez por milésima y estéril vez, de todo esto que no nos parece justo, y que sin embargo no somos capaces de resolver, porque no sabemos cómo plantear seriamente, una conciencia del problema, y porque no sabemos cómo plantearnos hasta donde seríamos capaces de llegar, cuánto arriesgaríamos por cambiarlo todo, ni siquiera si estamos convencidos de querer cambiarlo.

Veamos nuevamente este problema nuestro, y al mismo tiempo si reconozcamos que, si muchas veces, todo esto no nos importa, menos aún ha de importarnos lo que no se relacione con ello. Reconozcamos esto porque es cierto. Y seamos sinceros al reconocer nuestro aislamiento, y no nos esforcemos por estar ligados al resto del mundo con el débil cordón umbilical de las palabras basadas en ideas bellas de solidaridad, de preocupación colectiva, de compartir los problemas de otras gentes, de otras esferas, etc., etc. Palabras que no son más que un vano intento de justificar ante nosotros mismos, la vergüenza que nos produce el ser apáticos, y estar ya muerto con apenas 20 años vividos, o mejor vegetados.

Veamos bien este ambiente, y este problema. Y ahora volvamos al principio. Cambiemos de ambiente, y metámonos en un problema que no es nuestro, y que no sabemos si llegará a preocuparnos.

Volvamos a Asturias, y una vez allí, como muchos hemos hecho, bajemos a una mina.

Veréis es oscura, densa. Es enorme, y por sus brazos hucos, corre el frío de la tierra mojada y el bochorno

del metal fundido. Es profunda y seria, como serio y profundo es cuanto quiere significar.

Es oscura y desconocida, porque es un mundo aparte, tan aparte como lo es el nuestro de universitarios, para quien no vive la universidad; aparte, porque lo han limitado todos los gobiernos, porque lo han encerrado en sí mismos, y han arrojado a sus habitantes al fondo de las galerías, a fuerza de convencerles de que ese es su sitio, de que nada que no sea esto les está permitido, ni sirven para otra cosa que no sea destrozarse el carbón y reducirlo a polvo.

Por eso se evita que sus hijos conozcan más vida que ésta, y se reduce al mínimo las posibilidades de que rompan la tradición familiar de minero, una tradición que resulta así impuesta, como tradicional es que el capitán muera con su barco, y el general derrotado se suicide. Tal vez no porque piense que debe hacerlo, sino porque teme lo que sucederá al no hacerlo.

Pero conozcamos a un minero, escuchémosle como yo lo he hecho, y aprendamos a escucharle y a aprender todo de él.

En nuestro mundo tan distinto, un minero es algo desconocido y terrible, es el individuo que trama revoluciones, y protesta contra todo. Nadie le conoce pero todos le juzgan. Sin embargo hay que vivirlo para comentarlo.

No se puede hablar alegremente de algo así. Antes hay que bajar a ciento cincuenta metros de oscuridad, dentro de un mono sucio y rígido de polvo y sudor, entre un casco de fibra y unas botas de goma. Antes hay que

trabajar siete horas seguidas y extraer cinco toneladas de carbón por hombre. Antes hay que arañar la piedra siguiendo la veta de mineral, y hay que morir o al menos intentarlo. Y hay que tragar millones de partículas de sílice en cada bocanada, hasta que los pulmones no sean más que verdaderos trozos de carbón: inservibles.

Y sobre todo hay que hablar y hay que escuchar. Hay que conocer a los silicóticos, a los hombres con pulmones casi de cristal, que son 99 de cada cien, y que si quieren seguir viviendo necesitan trabajar, y hundirse más en su enfermedad hasta que un "caritativo" médico (no hay más remedio que llamarle así) de la empresa, decida que ya está lo bastante enfermo (yo más bien diría muerto) para que se le retire con una ridícula pensión que no engaña ni al más conformista.

Por eso amigo, antes de hablar hay que saber que eso es cierto, y sudar su mismo sudor, y vivir su triste vida, para saber que no son unos descontentos, ni protestan porque esto les divierta. Y para extrañarse de que sólo haya habido una revolución en Asturias y de que siga funcionando al máximo rendimiento, una industria que alimenta a media España, a costa de trabajo de unos cuantos hombres. Una industria mantenida por unos hombres como son los mineros, a quienes sus "medievales amos", no sólo explotan, con un refinamiento casi brutal, sino que además arrojan al fondo de miles de galerías, y cercan con un aislamiento total, para ocultar así su propia vergüenza, con la absurda tranquilidad que les da el creer que un problema tan bien oculto, es incluso menos problema, y no necesita solución.

En el resto de España, la gente cree estar bien enterada y habla de lo que sabe. Saben que un minero gana hasta 18.000 o 20.000 pesetas al mes, y creen que con eso ya está todo dicho. Pero no, os tengo que aclarar, que esto no es tan fácil, que estos sueldos son excepcionales, y se pagan sólo a cambio de la vida en corto plazo. Porque un hombre para ganar ese sueldo necesita avanzar muchos metros de galerías por jornada, y extraer muchas toneladas de carbón él solo. Y cuando se trabaja a ese ritmo, y se respira continuamente esa atmósfera, 5 años es el plazo máximo de los pulmones, antes de transformarse en masas de puro carbón. Y visto esto, haciendo un pequeño cálculo, llegamos a la conclusión de que 18.000 pesetas al mes, durante 5 años, nos dan la cifra de 1 millón 80 mil pesetas. Y ¿es que la vida del más inútil de los hombres vale esa ridícula cifra?

Los demás, los que prefieren ganar menos, y vivir algo más, no tocan esas nubes de riqueza que el español "enterado" comenta. Porque un minero normal, sin talla de superhombre, se contenta con ganar 8 ó 10 mil pesetas cada mes y eso a cambio de renunciar a algo tan sencillo, como ver sol los días de verano, o mojarse con la lluvia en el otoño.

No, una mina (una mina española pues son las únicas que conozco), no es vida para nadie. Hace algunos meses yo leía en un semanario español, un reportaje sobre una mina, sobre esos hombres que la labran y dominan, y tenía aquello tales aires de fábula, de narración para adultos que estuvo a punto de engañarme. Porque aquella era la experiencia vivida por un "valiente" fotógrafo

que pasó así por el (mundo) momento más emocionante de su vida, y como suele suceder en esos casos, comprendió la realidad como algo subjetivo, y así su visión no pasó de ser la narración de una leyenda no falsa, pero sí incompleta. Y así no se puede comprender a esa gente, para esto hace falta vivir con ella, y sentirse complicado en sus problemas colectivos, hace falta sentir de vez en cuando la impresión de que también a ti, te están explotando, y que tienes ganas de protestar por ello. Yo he sentido todo esto, y por eso hablo.

El 21 de julio, se publicaba en algún periódico del Norte, la noticia de algo que yo estaba viviendo. "33 productores encerrados voluntariamente en una mina" y se dejaba entrever que el motivo era el que la empresa les adeudaba, sin motivo que lo justificase, tres mensualidades, y a muchos de ellos hasta cuatro meses de sus escasos sueldos. Hasta aquí, la prensa oficial, en un alarde de temeridad informativa. Pero yo os digo algo más. Y es que los 33 mineros (eran algunos más) quedaron inmediatamente aislados por la guardia civil, sin posibilidad de recibir alimentos, sin agua, y con la espada de la "ley" sobre sus cabezas, porque estaban algo ilegal cometiendo. Ilegal es un término que me resulta familiar, y que me choca, porque hasta ahora lo he visto casi siempre asociado a la ejecución de las cosas más humanamente legales. Porque veamos qué hay de ilegal en esto. Una empresa funciona, una mina produce al día una cifra de toneladas de carbón elevada, que se vende inmediatamente por ser de buena calidad. Un patrón recibe continuamente el dinero de esa venta, y sus

obreros pasan tres o cuatro meses sin ver un céntimo, y sin dejar de trabajar, por temor de despido, y a perder un dinero que aunque no tienen pueden llegar a tener. Y cuando han pasado varios meses en estas condiciones, cuando ya se empieza a sentir hambre, porque en la tienda y en la panadería no se atreven a fiar más, cuando ante todo esto el patrón sólo dice que no tiene con qué pagar los sueldos, y continúa su veraneo en cualquier parte de España, y su señora y sus hijos, conducen sus propios coches. Cuando todo pasa y se sabe, ¿es ilegal encerrarse en una mina, y negarse a trabajar, hasta que les solucionen el problema? Porque saben que los explotan, y ante esta certidumbre, ¿qué hombre que sea "atómicamente" perfecto, agacha la cabeza?, ¿quién se resigna sin al menos murmurar entre dientes, y actuar de alguna forma cuando se les exaspera?

¿Y esto es ser un descontento?, ¿es protestar por sistema? O, ¿es que acaso a nosotros, en nuestros problemas tan distintos, de nuestra estructurada Universidad, no nos llegan momentos en que hasta el más apático nota que lo están pisando, y por lo menos grita?

Yo le preguntaba a uno:

—¿Tonio, tú tienes güajes?, y me miraba a la cara extrañado de que me interesara por sus hijos, negro de carbón pero amigo.

—Sí, tengo dos pequeños, de tres y cinco años.

—¿Tonio y tú querías que tus güajes, bajasen a la galería y se ganasen la vida como tú?

—No, compañero, me decía. —Si yo estoy aquí es precisamente para que ellos no bajen. Si yo tengo que

morir entre estas piedras que sea al menos a cambio de que ellos no conozcan esto. Antes los quiero muertos.

Y Tonio era un minero ejemplar, de los que la empresa consideraba "tenemos picadores" y cebaba con sueldos altos.

Y hablaba con otro:

—¿Qué me dices de este trabajo, compañero?, —me preguntaba—. Es peor que estar entre libros ¿verdad?

—Ya lo creo que sí, Colodión, es muy duro para empezar de joven; y es muy duro para aguantarlo siempre. Y a ti ¿te gusta? ¿Es verdad que los mineros tenéis la tradición de serlo de padres a hijos? ¿Que no os acostumbraís a trabajar en otra cosa, y al final siempre volvéis a la mina?

—Yo no sé de todo eso. Yo empecé a bajar a la mina a los 14 años. Siempre he vivido aquí... no sé hacer otra cosa... además cuando uno se acostumbra...

Yo lo tentaba más,

—¿Pero si te propusieran enseñarte un oficio, y trabajar fuera, de electricista, o mecánico por ejemplo, ¿te gustaría más?

—Hombre claro, pero ya soy viejo y sólo sé hacer esto; sólo a esto me han enseñado.

—¿Y a tus nietos —porque Colodión tenía dos nietos—; a ellos, les dejarías que trabajasen aquí?

—Compañero, ¿tú te quedarías aquí para siempre?

—No, Colodión, antes me ganaría la vida vendiendo periódicos.

Pues eso harán ellos si no hay más remedio.

Y esto es así amigo mío. Este es el falso espejismo de la "tradición minera". El slogan con que justifican, los *buenos directivos*, el hecho de que el minero lo sea de padres a hijos... pero no por la elección de un modo de vivir que les guste, sino por una herencia obligada; en íntima relación con una incultura (cualquier otro campo que no sea la mina) que cada vez cuesta más de mantener; y un sistema científico y planificado de emulación: de la personalidad, de la libertad de escoger, y de la individualidad; para crear una conciencia colectiva de "minero" de la que sea imposible evadirse.

De hecho, las empresas han logrado crear a "costa de los mineros", pero es algo tan artificial, que bastará el tiempo, para que este mito se destruya; o más bien sea destruido.

A este respecto yo hablaba en una ocasión con uno de los directivos de la empresa.

—Y ¿qué le parece la gente?— nos hablábamos de usted como personas de "nivel".

—No sé —decía yo— aún es pronto para conocerlos, pero parecen buenos. Quizá los encuentre algo, "resignados"... como si tuvieran complejo de mineros... como si no se atreviesen a dedicarse a otra cosa.

Se preocupa un poco su bien afeitado rostro.

—No, no crea. Son así porque lo llevan en la sangre, les gusta ser mineros. Y si alguno de ellos deja esto y se va a trabajar a cualquier otra parte, acaba volviendo porque esto les tira.

Yo me sonreí y pregunté.

—¿Y cree usted que si a los hijos de estos hombres

se les diera una educación elemental, ni siquiera un bachiller; y se les diera la oportunidad de aprender un oficio. Si pudieran conocer todo esto como algo posible, pero no obligatorio. ¿Cree usted que si esto fuese así, bajaría alguien a la mina dentro de diez años? ¿Piensa que seguirán llevando en la sangre el "gen del minero"?

Y me miró, sin sonrisa, y no contestó nada.

Muchas veces me han preguntado.

—¿Es verdad compañero, que en tu tierra fuera de Asturias creen que somos malos los mineros; que siempre estamos en huelga, y que no tenemos motivos para protestar?

—Sí, compañero, es cierto.

Y me avergonzaba, porque hacía apenas dos meses, yo estaba en un ambiente en el que la palabra "minero" era casi tabú, para la "gente bien", y sinónimo de comunista, anarquista, revolucionario, diablo, etc., etc. Un ambiente en el que la palabra mina era sinónimo de infierno, o en el mejor de los casos de algo lejano como de leyenda que nadie conocía ni quería conocer.

Y aún me decían.

—Y cuando vuelvas a tu tierra, compañero, ¿contarás todo lo que has visto? ¿Dirás cómo somos, cómo vivimos y por qué protestamos?

—Cuando yo vuelva a casa, compañero, todo el que me pregunte sabrá que existís vosotros, y la forma de vivir y morir que tenéis. Y cuando delante de mí alguien hable mal de un minero, estará insultándome a mí, y le preguntaré: ¿Qué sabes tú de lo que es una mina? Y si

no sabe responder, porque nunca ha estado en una, se comerá sus palabras; porque es muy fácil hablar sin conocer y mucho más difícil callar cuando se conoce.

Y cuando ya en mi tierra, me enteré que vosotros hacéis una huelga, y os partís la cabeza con los guardias yo estaré a vuestro lado, y explicaré a todo el que pueda, cómo es un minero, y por qué.

Aún me quedé algún tiempo con ellos y hablamos de muchas cosas. Llegamos a considerarnos como amigos, y me propuse que cuanto me había propuesto hacer y cuanto había aprendido mientras estaba con ellos no quedase en simples palabras ni se redujese a un recuerdo romántico, o heroico, sin más valor que el ser recordado. Por eso entonces me propuse escribir algo de lo que había vivido, y contarlo a los demás. Por eso escribo esto ahora que quiero que sea una conclusión.

Porque, en efecto, mi España es diferente... ¿la tuya también?... Contéstate a eso y al menos habrás hallado una respuesta a un problema importante. Porque conocer a gente como la que yo he conocido, es bueno para ellos, pero mucho más para nosotros.